

El Centenario

Enrique Cerdá Cerdá

Era casi mediodía cuando nos adentramos en la provincia de Jaén. La carretera se iba estrechando, invadida por la maleza que brotaba de las cunetas. Atravesábamos pueblos pero sus calles estaban desiertas, a esas horas, y en plena ola de calor de finales de Julio. Sus nombres Bélmez de la Moraleda, Jódar me traían a la memoria los relatos que me hacía mi padre de su infancia rural por estos parajes. Quizá por alguno de estos barrancos que atravieso ahora, es por donde iba él, siendo niño, a buscar palo luz a lomos de su borriquillo, y al pensarlo, se me va despertando en oleadas el reconocimiento de esos recuerdos. Se agolpan en mi memoria las descripciones que me hacía de estos parajes entre cultivados y agrestes, con dehesas de encinas, con ondulaciones de cerros de olivares que trepan por las laderas, que debían hacer tan difícil el cultivo como la recogida. Disfruto de la belleza austera de las gamas de colores, el ocre de la tierra, los verdes agrisados

de los olivos, la limpieza del cielo y los azules y morados de Sierra Mágina que se nos acerca en el horizonte, y al mismo tiempo tengo la sensación que me voy acercando a los lugares donde se encuentra mi origen. Quizá en los almacenes de la memoria tenemos estancias cerradas en las que todo se conserva con la mayor exactitud, y son como museos meticulosos de los momentos menores del pasado, pero temo que, a veces, la imaginación supla a la memoria y compense con invenciones lo que se ha ido al olvido. Tengo la sensación de que, en realidad, el paisaje no es nada, en tanto que mirado, ya que el paisaje no está en lo contemplado sino en quien lo contempla, y por eso no es que reconozca-





mos el paisaje, es que somos él. Según van pasando los kilómetros siento que aunque dicen que la infancia es una patria poderosa, la infancia de nuestros padres y abuelos lo es mucho más.

Vuelvo a Cabra del Santo Cristo, muchos años después de que mi padre nos trajera en alguno de los veranos de nuestra infancia, para participar en la conmemoración del centenario del fallecimiento de mi bisabuelo Arturo Cerdá y Rico (Monóvar 1844-Cabra del Santo Cristo 1921), que fue médico del pueblo y un apasionado de la fotografía, dejando un legado de varios miles de fotografías en las que se recogían vidas y costumbres de finales del siglo XIX y principios del XX. Los actos comenzaron descubriendo una lápida conme-

morativa en el panteón familiar del cementerio y a continuación se inauguró en la que fue su casa, hoy convertida en Casa Museo por el Ayuntamiento, una exposición titulada «Diálogos en la distancia Cerdá y Zabaleta», donde se comparan cuadros del pintor Rafael Zabaleta con fotografías de Arturo Cerdá y Rico, que compartieron temas y espacio vital aunque en tiempos diferentes. En otras dependencias de la casa se podían ver algunas de las fotografías del legado de Arturo y en ellas descubro a mi padre de niño, y me vienen a la memoria los relatos que me hacía de las fatigosas sesiones de posado a las que le sometía su abuelo. Veo en esas imágenes la despiadada disolución del tiempo y la aptitud de la cámara para registrar sus heridas. Dicen que la fotografía tiene que ser una



expresión de lo que se siente, en el sentido más profundo, sobre lo que se está fotografiando, y que es una expresión de lo que el fotógrafo siente sobre la vida en su totalidad, y quizá por eso piensen que todo retrato de una persona es un «autorretrato» del fotógrafo, ya que en realidad las fotografías son paisajes interiores. Probablemente la cámara fue para mi bisabuelo su instrumento de amor, y su pasión por la fotografía se basaba en el interés de exponer las cosas tal y como eran en su época, además de disfrutar de la existencia de su primer nieto, mi padre, y realzar la vida cotidiana. Mirando las fotografías, expuestas en varias estancias de la casa, siento la conexión entre pasado, presente y futuro, y palpo el efecto testimonial de que lo que estoy viendo ha existido;

pero me doy cuenta también de que esas fotografías adquieren su pleno valor al haber desaparecido los referentes, es decir con la desaparición del fotógrafo y del fotografiado, con el paso del tiempo. En la fotografía los referentes desaparecidos se conservan eternamente y esa obstinación de los referentes de estar siempre ahí es lo que constituye la esencia de la fotografía. Cada vez que las veo, esas fotografías me producen una sorpresa que dura y se renueva inagotablemente. Cuando el alma, olvidada de los que somos, se recrea en los que han sido, se suscita un mundo de memorias que endulzan aquellas horas misteriosas del pasado que se consagraron a su realización. Son estas fotografías las que me hacen sentir que el tiempo posee una dimensión extensa del pasado, que las

cosas y las edades no son permanentes, que hubo en el mundo antes que nosotros personas que murieron como mi bisabuelo y mi padre, y al verlos de nuevo percibo el enigma del tiempo de las vidas humanas. Este conjunto de fotografías son una formidable enciclopedia de todas las cosas destinadas al olvido, de todas las vidas, los parajes, los oficios, los sufrimientos, las miradas, todo lo que hubiera desaparecido del mundo si no fuera por la fotografía. Solo ella nos permite la ilusión de visitar el tiempo inaccesible que precedió a nuestro nacimiento, los días en que mi padre era niño, y gracias a ello ese recuerdo de una vida que está siendo vivida en ese momento ha sido salvado de la nada, porque todo lo que se olvida es abandonado para siempre. En realidad el verdadero contenido de la fotografía es invisible porque no se deriva de una relación con la forma sino con el tiempo. Lo que varía de unas fotografías a otras, aparte de los objetos registrados, es la intensidad con la que se nos hace conscientes de los polos de ausencia y presencia. Y es entre estos dos polos donde la fotografía encuentra su significado y por eso el uso más frecuente de la fotografía es como recuerdo de lo ausente.

Salgo de la Casa Museo y, caminando por las calles, descubro que en la fachada de algunas casas, se han reproducido a gran escala y con azulejos incrustados, las fotografías que se realizaron en ese mismo lugar hace más de un siglo por mi bisabuelo. Es una muestra del interés que existe, no solo por el Ayuntamiento sino por la sociedad civil representada en este caso por la Asocia-

ción Cultural Arturo Cerdá y Rico, en preservar los testimonios del patrimonio histórico y cultural del pueblo. Comentándolo con algunas personas me refieren su desazón por el declive de su pasado agrícola, y la falta de oportunidades laborales para los jóvenes que se ven obligados a emigrar. Son los mismos relatos que se han hecho sobre la despoblación rural, y que se han aglutinado en los últimos años en el concepto de la España vacía. En el momento en que aparece el tema de la despoblación, nos sentimos afectados por ella, tanto hoy como los que vivieron el éxodo, como quienes tienen un vínculo con un pueblo lejano del que se fueron sus padres o abuelos; se nota que compartimos algo muy íntimo. Esa nostalgia por el pueblo, ese desarraigo une mucho a la gente y hace que nos percibamos muy iguales unos a otros, porque cualquier persona dotada con una mínima conciencia histórica sabe que vivimos sobre el pasado y sobre muertos. Mirar estos rincones de España es mirar dentro de nosotros mismos, es recrear el mundo perdido de nuestros padres o abuelos y bisabuelos. Nosotros somos hoy día esa España vacía, ya que estamos hechos de sus trozos, aunque hoy habitemos la España urbana. Esta circunstancia, nos coloca ante la oportunidad de elaborar una identidad más adecuada a la realidad de una sociedad compleja y abierta como la española, que ya no es una sociedad rural tradicional, y buscar la identidad en esos caminos de ida y vuelta entre lo rural y lo urbano, porque sin el horizonte del cambio las sociedades se enmohecen.